

celda de una exquisita fragancia, que se difundió por todo el convento. Remozósele el semblante, cubriéndose de un color fresco y encarnado, y desapareciendo todas las arrugas de la vejez. El día siguiente fué enterrado con grande solemnidad el santo cuerpo, dándosele sepultura entre las dos rejas del coro; de manera que, así las religiosas de adentro, como los seculares de afuera se podían consolar con que le tenían dentro de su jurisdicción. Aun antes de enterrarla manifestó Dios con grandes milagros la eminente santidad de su fidelísima sierva, y después cada día se continuaban en su sepulcro. El día 4 de julio del año siguiente se abrió la caja, que estaba hecha pedazos por el peso de las losas que le habían echado encima, por consiguiente llena de tierra y de humedad, la cual había podrido el hábito de la santa; pero su cuerpo se encontró tan entero, tan fresco, tan colorado y tan flexible como si estuviera vivo, exhalando un suavísimo olor que embalsamó toda la iglesia y todo el convento. Hallábase presente el provincial, quien le cortó la mano siniestra, y la envió al convento de Avila; después hizo poner al santo cuerpo un hábito nuevo; y encerrándole en otra nueva caja, mandó que le volvieran á su primera sepultura. Tres años después fué elevado de la tierra el santo cuerpo, y conducido á Avila, habiéndose encontrado tan entero y tan fresco como en la primera visita. En fin, el año de 1589 el papa Sixto V, á solicitud del duque de Alba, mandó que aquel precioso tesoro se restituyese al convento de Alba, donde se conserva hoy tan entero como el día de su muerte. Uno de sus piés fué enviado á Roma al convento de las carmelitas descalzas el año de 1615; y algunos años después Isabel de Francia, reina de España, y mujer de Felipe IV, logró un dedo de la santa que mandó engastar en un relicario de oro, y se le envió á su madre la reina doña María de Médicis, la

cual se le regaló á los carmelitas de París. Fué beatificada santa Teresa el año de 1614 por el papa Paulo V, y solemnemente canonizada el de 1622 por Gregorio XV.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alba, santa Teresa, virgen, madre y maestra de los carmelitas y de las carmelitas de la estrecha observancia.

En Roma, en la via Aureliana, san Fortunato, mártir.

En Colonia, la fiesta de trescientos bienaventurados mártires, que acabaron el curso de su combate en la persecucion de Maximiano.

En Cartago, san Agileo, mártir, en cuya fiesta san Agustin pronunció un discurso al pueblo en honor del santo.

En Prusia, san Brunon, obispo de los Rusos, y mártir, quien, predicando el Evangelio en aquel país, cayó en manos de los impios, por quienes fué decapitado, habiéndole antes cortado los piés y las manos.

En Leon, san Antioco, obispo, quien, después de haber desempeñado valerosamente el cargo pontifical á que habia sido elevado, ganó el reino de los cielos.

En Tréveris, san Severo, obispo y confesor.

En Strasburgo, santa Aurela, virgen.

En Cracovia, santa Edwigis, duquesa de Polonia, quien no solo se entregó al cuidado de los pobres, sino que además brilló en milagros. El papa Clemente IV la puso en el número de los santos.

En Alemania, santa Tecla, abadesa.

En Marsella, san Canato, obispo de aquella ciudad, cuyo cuerpo se venera en la iglesia catedral.

Cerca de la puerta Dionisia en el Mans, san Leonar-

do, solitario, sepultado en Vandreuve, de donde llevaron su cuerpo á Corbigny en el Nivernais, hacia el fin del reinado de Carlos el Calvo.

En la Baja Bretaña, san Conocain, obispo de Quimper-Corentin, cuyo cuerpo está en Montreuil en la Picardía.

En Viena, san Dié, obispo.

En la diócesis de Tréveris, san Veulo, recluso, natural del Limosin.

En Libia, san Barso, obispo de Edesa.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue :

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Theresiæ virginis tuæ festivitæ gaudemus, ista cælestis ejus doctrinæ pabulo nutriamur, et piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum....

Oyenos, ó Dios, que sois nuestra salud, para que así como nos causa tanta alegría la fiesta de tu santa virgen Teresa, así tambien nos sustentemos con el alimento de su celestial doctrina, y recibamos con ella el fervor de una santa devccion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.

Fratres : Qui gloriatur, in Domino gloriatur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est : sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me. Emulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos : El que se gloria, gloriése en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino á quien alaba Dios. Ojalá sufriérais algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta virgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

« Emplea san Pablo los últimos capítulos de esta epístola en hacer la apología de su conducta contra algunos falsos doctores que solicitaban su propia estimacion, desacreditando al santo apóstol. La misma politica siguen hoy los enemigos de la Iglesia. »

REFLEXIONES.

El que se gloria, gloriése en el Señor. Si se observara este discreto y saludable consejo, no reinaria en el mundo tanta necia vanidad; haciéndose cada cual justicia á sí mismo, reconoceria su poco mérito, y solamente solicitaria su verdadera gloria en servir y en agradar á Dios; pues no hay que buscarla en otra parte ni sólida ni verdadera. La excesiva delicadeza en esto que se llama honor, es prueba de un espíritu muy apocado; y la demasiada sensibilidad de los hombres sobre sus imaginarios derechos; aquella secreta pero viva pena que nos causa oír ó ver aplaudidos á los demás; aquel interior disgusto con que se oyen sus elogios, que, si no tiene toda la malignidad de la envidia, se acerca mucho á ella, es un grande argumento de nuestra poca sustancia. Pero aunque el reino del orgullo esté tan arraigado en el espíritu y en el corazon de los hombres; aunque sus fuerzas sean tan poderosas, no es tan difícil como parece desbaratar á este fiero enemigo. Un poco de menos preocupacion á favor de nuestro mérito, y un poco de mas reflexion sobre la naturaleza del mal, y sobre la causa que le irrita, bastarán acaso para curarle. La misma pasion parece que lleva consigo su contraveneno. ¿Es uno vano, arrogante, altivo y soberbio? Pues preguntese á sí mismo algunas veces en qué lo funda,

por qué lo es. La mayor parte de los hombres, pero sobre todo las mujeres, no encontrarán otra razon del favor que se hacen á sí mismas, y del desprecio que hacen á los demás, sino unos motivos totalmente accidentales y exteriores, que antes bien debieran servir para humillarnos. El nacimiento noble, la distincion del empleo, un tren magnífico, las galas de buen gusto y de mucho precio, la-abundancia de bienes de fortuna, un ingenio vivo, pronto, divertido, brillante, que sobresale en todas ocasiones, este suele ser de ordinario ó el origen ó el fomento de una passion que nunca reina sin tiranía. Pues acabemos ya de convencernos asi de la bajeza de su origen, como de la insustancialidad de todo aquello que la fomenta, y nos avergonzaremos de haber sido esclavos suyos por tan largo tiempo. Si pretendemos la verdadera gloria, la buscaremos en aquella que únicamente la granjea. Desengañémonos, que solo la produce y solo se encuentra en la virtud cristiana.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum caelorum decem virginibus, quae, accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso et sponsae. Quinque autem ex eis erant fatuae, et quinque prudentes; sed quinque fatuae, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum; prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron

Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virginibus illae, et ornaverunt lampades suas. Fatuae autem sapientibus responderunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostrae extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis et vobis; ite, potius ad vendentes, et emitte vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus, et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt et reliquae virginibus, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem neque horam

todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo; salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él les responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

SOBRE LAS PRINCIPALES VIRTUDES DE SANTA TERESA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las principales virtudes de santa Teresa, en las cuales parece se comprende su carácter, se pueden reducir á tres. Un amor sin medida á Jesu-cristo, en virtud del cual deseaba con vehemencia todas las amarguras de la cruz; una generosidad sin término, en cuya virtud emprendia todo lo que se le re-

presentaba ser de su mayor gloria; y una confianza invariable, á cuya sombra se salió con todo cuanto emprendió. El amor á Jesucristo parece que se anticipó en santa Teresa á la razon. Desde su niñez solo suspiraba por agradar á este divino Esposo; y si por algun tiempo se entibiaron estos celestiales ardores con el frio de la disipacion, se desquitó ventajosamente despues, mediante el sagrado fuego que abrasó continuamente su inflamado corazon. ¡Qué ardores, qué ímpetus, qué llamaradas de este divino amor no experimentó la santa ya en su oracion, ya en sus raptos, ya en las acciones mas ordinarias de la vida! ¡qué deseos ansiosos de padecer en testimonio de su amor á Jesucristo! *O padecer ó morir* era su divisa. ¡Qué continuas penitencias en su carne, qué rigores en su delicado cuerpo, qué penas interiores en su espíritu, qué martirio! No tenia otro consuelo en los trabajos de este destierro, que padecer por Jesucristo. El simbolo de su encendido amor á este Señor, y de su sed insaciable de trabajos, fué aquella dulce herida que le abrió en el corazon un serafin con el inflamado dardo. ¡Oh y cuánto nos acusa esta gran santa! ¡qué altamente condena nuestra delicadeza y nuestra pusilanimidad una vida tan crucificada! Midamos nuestro amor de Dios por el deseo de padecer y por la paciencia en el sufrir. Pero ¿hasta dónde llegó la generosidad de aquella grande alma? Correspondió perfectamente á su abrasado amor. A los siete años de su edad se puso en camino para buscar el martirio entre los bárbaros. Pone el mundo en movimiento todos sus artificios para ganar su corazon por medio de inocentes amistades; pero, luego que descubrió la red, rompió generosamente todos los lazos. Todo lo sacrificaba á su Dios: entendimiento brillante, hermosura celebrada, conveniencias ventajosas, prendas eminentes, tentadoras y halagüenas esperanzas; nada

la detiene, nada es capaz de hacerla dudar ni por un solo momento. Escógela Dios para reformar una familia religiosa. Santo Dios, ¡qué dificultades no tiene que superar! ¡qué contradicciones, qué estorbos no se le ponen delante! Emprende una doncella jóven reformar una religion, célebre por su antigüedad, llena de vírgenes y de señoras listinguidas, y en quienes la menor de todas se consideraba con tanta capacidad, con tanta virtud y con tantos talentos como Teresa. Todo esto lo ve, lo conoce; palpa, toca con sus manos todas estas terribles dificultades; el intento solo se le representa quimérico á ella misma. Pero no importa: ¿Dios lo quiere, Dios lo manda? pues nada la intimida, nada acobarda á aquel gran corazon, mas generoso que el de todos los héroes. Crece el valor al paso de las dificultades. Está expuesta toda su vida á las mas terribles pruebas, tiénenla por ilusa, hácese sospechosa su oracion á sus mismos directores, calificanla de embustera; pues nunca está mas contenta Teresa que en medio de sus humillaciones. Lejos de abatirse su magnánimo espíritu, se fortifica, se vigoriza mas con ellos. Imagina, si puedes, alma mas generosa; pero coteja aquel gran corazon, aquella magnanimidad con tu cobardía. Una palabra, una aprension, un lijero temor nos abate, nos desalienta, nos detiene, nos hace parar. El valor es efecto del amor; pues midamos el que tenemos á Dios por nuestra vergonzosa timidez.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todas las maravillas que obró Teresa las debió singularmente á la gran confianza que tuvo en Dios. Ninguno sintió nunca mas bajamente de sí que nuestra santa. Desconfiando enteramente de sí misma, jamás colocó su confianza en otra cosa que en el brazo omnipotente del Todopoderoso. De esa mane-

ra se salió con cuanto quiso por su inalterable confianza. ¡Qué vanas fueron las oposiciones á su portentosa empresa! Los grandes, el pueblo, las ciudades enteras, sobre todo su misma comunidad, inútilmente se empeñan en desaprobá, en contradecir, en desbaratar sus intentos. Obedece ciegamente á la voluntad de sus preladós. Prohíbenle pasar adelante; obedece, y se queda muy sosegada en su obediencia; pero allá dentro de su alma con un fondo de confianza que la saca victoriosa de todas las dificultades. Mudan de opinion estos grandes, y son los primeros que alaban, que apoyan sus empresas. Los pueblos, las ciudades, las comunidades parecen las primeras que se dan mas priesa á fomentar la reforma; ninguno la solicita, la sostiene, la adelanta mas que los mismos superiores. Reforma Teresa, en la flor de su juventud, la ilustre, la antigua religion de los carmelitas; quieren los hombres tener tambien parte en aquel insigne beneficio, abrazan su instituto y reconócenla por madre. Hace un prodigioso número de fundaciones, y todo con una salud muy quebrantada. ¡Buen Dios, qué eficaz, qué poderoso es el que busca vuestra pura gloria; el que solo cuenta con vuestros auxilios; el que solo quiere lo que vos quereis, como lo quereis, y cuando vos lo quereis! Reforma santa Teresa toda su religion en muy breve tiempo; ¿cuándo trabajaremos nosotros en reformar nuestras costumbres y nuestra desordenada conducta? No podemos dudar que Dios lo quiere así; tengamos una verdadera voluntad de reformarnos; amemos á Dios sin reserva, animémoslo confiados en la gracia del Señor, y seguramente saldremos con nuestro intento.

Dignaos, Señor, concederme este ánimo, esta confianza y este amor, que solo con esto serán eficaces mis resoluciones. Pidooslo por la intercesion de esta gran santa, á quien nada sabeis negar.

JACULATORIAS.

Adjutor meus esto, ne derelinquas me. Salm. 26.
Proseguid, Señor, en ampararme y asistirme, particularmente en esta resolucion.

Dominus protector vitæ meæ, à quo trepidabo? Salm. 26.
Si Dios es mi protector, ¿qué cosa me podrá acobardar?

PROPOSITOS.

1. Es grande sinrazon atribuir la cobardía á la propia flaqueza. Amemos á Dios con fervor y con ternura, y podremos verdaderamente mucho. Crece el ánimo al paso que el amor. No hay, pues, que disculpar con nuestra flaqueza nuestra pusilanimidad; desvanecen, confunden esta disculpa los santos y las santas que la Iglesia nos propone cada dia por modelos. No hay edad, no hay sexo, no hay achaques, no hay dificultades que nos puedan servir de excusa legitima y verdadera. Toda nuestra flaqueza (confesémoslo sinceramente) consiste en nuestra mala voluntad, y esta voluntad ineficaz, cobarde y pusilánime es efecto de nuestro poco amor de Dios. Amemos generosamente á Dios, y tendremos valor, confianza y feliz suceso en todo. No te contentes con invocar puramente á los santos que la Iglesia nos propone cada dia no solo por protectores, sino tambien por ejemplares, considéralos como tales, y díte á ti mismo. Esto hicieron ellos para ser santos; ¿serélo yo haciendo lo que hago?

2. No manda Dios á todos que reformen religiones ni comunidades; pero á todos manda que las edifiquen y que les den buen ejemplo. A todos y á cada uno manda que se reforme á si mismo, sus costum-

bres, su profesion y su vida. Pocos padres y madres de familia habra que no tengan mucho que reformar en su casa, en sus criados, en sus hijos, en su tren, en sus personas; esta reforma te pide Dios; pues dedicate á este zelo. Ninguno hay que no pueda reformar su comunidad reformándose á sí mismo: el buen ejemplo es una muda reforma. Refórmese cada uno á sí, y muy en breve quedará reformada toda la familia, toda la comunidad y toda la reuigion.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN GALO, ABAD.

Fué san Galo irlandés, de familia distinguida en el país aun menos por su calificada nobleza, que por su notoria bondad, ejemplar y celebrada virtud. Nació hácia la mitad del sexto siglo; y como sus piadosos padres consideraban por su primera y principal obligacion la buena educacion de sus hijos, luego que enseñaron al niño Galo los primeros principios de la vida cristiana, desde su misma infancia se le ofrecieron á Dios en el monasterio de Bencor, sito en el país de Ultonia, para que fuese educado en su santo temor y en el estudio de las letras bajo la disciplina de san Columbano, cuya virtud, universalmente aplaudida, añadia mucho esplendor y hacia entonces muy célebre aquel monasterio. Era el niño Galo de tan bellas inclinaciones, de una propension tan natural á todo lo bueno, de un ingenio tan vivo, tan perspicaz, y por otra parte tan dócil, que en breve tiempo hizo maravillosos progresos en la ciencia de los santos y en la inteligencia de la sagrada Escritura;

de manera que explicaba con admirable claridad los lugares mas oscuros y mas dificultosos. Ni olvidaba el estudio de las letras humanas por dedicarse al de las sagradas: antes bien cultivaba el admirable ingenio que tenia para la poesia; aunque solo le ejercitaba en asuntos piadosos, y san Columbano estaba igualmente enamorado del candor que de la habilidad de su querido discípulo.

Era abad y fundador de aquel monasterio san Congal. Este, admirando las bellas prendas de aquel tierno mancebo, y reconociendo por los dones con que el cielo le habia prevenido que le destinaba Dios para ser santo, le admitió á la profesion religiosa luego que tuvo edad para hacer los votos. Remaba el fervor en el monasterio; y hallándose Galo con tan grandes ejemplos, se supo aprovechar de ellos tan admirablemente, que en breves dias dejó atrás aun á los mas fervorosos. Siendo el primero á todos los actos de comunidad, exactisimo en la observancia de las leyes, humilde, mortificado y devoto, era la admiracion y el modelo de todos sus hermanos; tanto, que, prendado extraordinariamente el santo abad, quiso que recibiese los sagrados órdenes, siendo tambien del mismo parecer todo el monasterio. Sobresaltado nuestro santo considerando la elevacion de tan sagrado carácter, y mucho mas asustado á vista de su indignidad, se valió de toda su elocuencia y de todo su ingenio para persuadir su improporcion. Pero todos los esfuerzos de su humildad solo sirvieron para confirmar al abad en su primera resolucion; y siéndole forzoso obedecer, lo mas que pudo conseguir fué por entonces que no ascenderia del diaconado, y que se le concederian algunos años mas para disponerse á recibir el sacerdocio.

Estaba destinado san Columbano por la divina Providencia para pasar á Francia, y resucitar en aquel